

dente para su juventud, la posición de un anciano cuya memoria acumula y rectifica vanamente todos los episodios de su existencia, que acaban otorgándole una amarga pero irrenunciable sabiduría. También nos impresiona el ascendiente de las *Soledades* de Antonio Machado en un momento histórico de España donde este célebre poeta es asimilado –y a veces reducido– por la casi exclusiva vertiente de su solidaridad patriótica y de su crítica social. Por esta vinculación con el joven y ficticiamente viejo Antonio Machado, el primer libro de Brines nos traza el drama de la temporalidad por medio de escenarios externos cargados de imágenes vívidamente sugeridoras, sin encararse con el tiempo desde una perspectiva manifiestamente filosófica. La siguiente colección, recogida poco después con el título de *Materia narrativa inexacta* (1965), vuelve a insistir en las mismas inquietudes a través de episodios históricos más o menos lejanos al entorno del poeta, de tal modo que su experiencia personal queda más ocultamente objetivada.

Las *Palabras a la oscuridad* (1966), libro clave dentro y fuera de la poesía de Brines, gana en densidad conceptual y se nos muestra más abiertamente inquisitivo; pero tal cualidad aparece compensada por el intenso vitalismo con que el poeta analiza las experiencias agri-dulces de sus distintos viajes. Tal vitalismo se acentúa aquí por la

exaltación realizada de un instante de satisfacción amorosa, instante que, dramáticamente, resplandece en un amplio espacio de sombras que acaba envolviéndolo por completo, como reza en el significativo título del libro. En *Aún no* (1971) asistimos a una materia poética de mayor condensación intelectual y de notable concentración expresiva. No desaparece la raíz autobiográfica de su libro anterior, pero ésta se nos ofrece sintéticamente fabulada para extraer de ella el sustancioso núcleo moral, expuesto ahora desde un enfoque irónico muy abundante en recursos de ingenio, como si el poeta quisiera revelarnos rotundamente las causas y efectos de su desengaño final. El mismo talante moral sigue organizando la materia de *Insistencias en Luzbel* (1977), aunque el punto de vista adoptado abandona la agria ironía anterior y soluciona los conflictos desde una compasión solidaria y emotivamente constructiva, como se manifiesta en la distante pero epicúrea aceptación de «Los placeres inferiores», el título de uno de sus poemas.

En 1986 ve la luz *El otoño de las rosas* (a mi juicio, su libro más pleno junto con *Palabras a la oscuridad*, por la intensidad de su placer estético, que de modo extraordinario compensa la honda sabiduría vital y moral expuesta en sus poemas). Cuando llegamos aquí, si leemos linealmente esta *Poesía completa*, vemos al yo poético resucitar en un juvenil entusiasmo

que, como contrapartida, nos hace más conmovedora la destrucción del tiempo. Otra vez la experiencia vital, largamente narrada, adquiere una sensualidad verbal que la redime de cualquier superficialidad anecdótica, al tiempo que le confiere todo el pudor necesario para que la «poesía de la experiencia» alcance la sublimidad estética que se le exige.

En *La última costa* (1995), el yo poético, desde el otro polo de la vida, se remonta a la exuberante promisión de la edad infantil, que contrasta gravemente con la vejez que parece haber anulado todas aquellas esperanzas. La dialéctica entre infancia y vejez se resuelve en la victoria de esta última, otorgando a los poemas una gravedad metafísica y sentimental muy incisiva.

Toda la poesía de Brines viene a cumplir el programa impuesto por la poesía que iniciaba nuestro siglo: si para Antonio Machado «ya nuestra vida es tiempo», en Brines se despliegan pacientemente todas las consecuencias de esa temporalidad que define la lírica del siglo XX. De ahí la influencia constante del poeta valenciano en las generaciones posteriores, a las que todavía debe seguir enseñando (y a mí en primer lugar) muchas lecciones de trascendencia intelectual y estética en el recuento de nuestra experiencia vital.

Carlos Javier Morales

Algunos libros de cine

Las colecciones de libros dedicados al cine, un capítulo bastante descuidado en el pasado, han crecido en muchas editoriales españolas, sobre todo en la pionera Anagrama. Han aparecido recientemente muchos títulos, de los cuales extraemos algunos (los demás aún no se han recibido). Hay diversas estrategias e intenciones, hay textos de divulgación, otros decididamente pedagógicos y algunos encaran seriamente una historia del medio fílmico que todavía se halla en estado de revisión o descubrimiento. Desde el ya lejano, indispensable y a veces discutible George Sadoul, el fenómeno cine apasiona aún más ahora que cumple su primer siglo.

Dentro del campo pedagógico, se puede ubicar *100 películas sobre Historia Contemporánea* (Alianza Editorial), de José María Caparrós Lera, profesor en la Universidad de Barcelona. El enfoque (nunca mejor dicho tratándose de cine) consiste en traer a las lecciones de historia contemporánea que allí se dictan, el material que ofrecen las películas. Éstas son una fuente de información sobre la vida y las acti-

vidades de la sociedad, incluso cuando no se proponen hechos trascendentales de la historia. Así desfilan en el libro desde la Revolución Francesa a la guerra de Vietnam, o sea desde *La Marsellesa* de Renoir al *Apocalypse Now* de Coppola. El cine es un gran testigo, aunque puede suponerse que el enseñante deberá analizar sus tergiversaciones o tendencias¹.

Por cierto este interesante texto forma parte de una política editorial que agrupa sus temas bajo el signo del centenar: *100 grandes directores de cine*, del mismo autor, *El cine norteamericano en 120 películas* y *El cine italiano en 100 películas* de Augusto M. Torres. La cifra, por supuesto, es tan cómoda como arbitraria.

En la parcela dedicada a las biografías, abundan los libros sobre estrellas más o menos míticas –de Humphrey Bogart a Marlene Dietrich– y otros generalmente más serios sobre grandes directores. A veces se trata de nombres consagrados, como el dedicado por Juan Antonio Gómez García al genial realizador danés *Carl Theodor Dreyer* (Ed. Fundamentos) que estudia con seriedad y buena información la obra del creador de *Ordet*.

Más próximo es el libro dedicado al productor y director (a veces tam-

bién actor, como en su notable filme *Furtivos*) José Luis Borau. Escrito por Luis Martínez Mingo, es en parte una puntual biografía, un análisis cordial de su filmografía y una serie de extensas conversaciones con Borau. Éste, sin dejar su actividad creadora, desempeña actualmente la presidencia de la Academia de las Artes y de las Ciencias Cinematográficas de España, la entidad que otorga anualmente los premios a los filmes de la producción nacional, los «Goya» (Ed. Fundamentos).

Muy completo y de gran valor documental es el libro de Helena Salem (periodista y crítica de cine) consagrado al gran cineasta brasileño Nelson Pereira dos Santos. Lo subtuló *El sueño posible del cine brasileño*. Nelson lo hizo posible, entre otros méritos, por ser el «padre espiritual» del fascinante movimiento del *Cinema Novo* en los años sesenta. Lo adelantó con *Río 40 Grados* en 1954-55, y lo llevó a un extremo memorable con *Vidas secas* (1962-63). Vale la pena frecuentar ese volumen (Ed. Cátedra/Filmoteca Española) para adentrarse en el siempre mal conocido cine latinoamericano.

La canción «Cinema Novo», de Gilberto Gil y Caetano Veloso, ilustra muy bien lo que fue ese movimiento joven que ya se extinguió pero dejó huella, en las líneas siguientes: «El filme quiso decir yo soy la samba / la voz del morro rasgó la pantalla de cine./Y comen-

¹ Este libro obtuvo el premio ENINCI'97 al mejor libro sobre cine en el XXVI Encuentro Internacional de Cine, realizado en Burgos.